

VICTÒRIA COMBALIA (1952) es historiadora y crítica de arte, con una dilatada experiencia en distintos ámbitos relacionados con el arte moderno y contemporáneo. Profesora del Departamento de Historia del Arte de la Facultad de Bellas Artes de la Universitat de Barcelona. Ha comisariado importantes exposiciones (destaca la reciente «París i els surrealistes» en el Centro de Cultura Contemporànea) y ha desarrollado una fecunda labor ensayística que se inició el año 1975 con La poética de lo neutro. Análisis y crítica del arte conceptual en los Cuadernos Anagrama. Especialista en la obra de Joan Miró, Antoni Tàpies, Joan Brossa, Dora Maar... Su último libro publicado es París i els surrealistes. La revista agradece a una crítica de arte de su prestigio y proyección internacional que haya aceptado nuestra invitación a publicar un texto autobiográfico. «Las fotografías» es un relato en forma epistolar, francamente abierto a la exploración sentimental y erótica.

Victòria Combalia

Las fotografías

Querida Diane:

Bueno, por fin ya sé no sólo quien es usted, sino cuál es su rostro. Es usted la misma que la que yo vi en aquellas fotos que encontré en el cajón, la primera vez por puro azar. Allí estaba usted, con un liguero plateado que sin embargo no resultaba cursi, sino más bien moderno, algo así como el último grito de la alta costura de la lencería, y con un sostén que parecía tener manchas de leopardo pero que así y todo resultaba elegante puesto en usted. Con sus bellas manos naturales –las uñas sin pintar– ahuesadas pero no masculinas, se abría usted el coño, es decir, se estiraba los labios mayores hacia arriba para que así se viera mejor el interior. No tenía mucho pelo púbico y un rayo de orina surgía, recto y enérgico, hecho de gotas blancas como la leche, hacia abajo. Se le veía una cicatriz o una pequeña quemadura en su cadera derecha: nada terrible, porque la fotografía –usted sin cabeza, con un buen liguero y orinando– era

muy erótica, chocante pero preciosa. Si, usted estaba situada frente a este gresite de cuadraditos grises distintos que veo y uso cada vez que voy a ver a mi novio, amante o como usted lo quiera llamar.

Desde hace tres años sé que es el gresite de fondo de sus fotografías eróticas, de esas fotografías que le sirven para hacer sus obras, para «pintar el cuadro», el «único cuadro» que dice querer llegar a pintar. Ya se sabe que éste es un leit-motiv de muchos artistas, la búsqueda de una obra, de una imagen que encarnaría todo lo que quieren expresar a lo largo de toda su vida, una obra siempre imposible de conseguir. En su caso, él quisiera reinterpretar *La pisseuse* de Picasso, ese lienzo fuerte y sublime, heterodoxo, que está en el Museo Picasso de París. Y también de la de Rembrandt, que orina y caga a la vez, en pleno campo. ¿Pero qué he de hacer yo? isometarme a los imperativos del arte, del gran arte, y tragarme la bilis y los celos y el sabor a hiel—lunas de fiel— que me vienen como arcadas cuando contemplo estas fotos?

¿Será que soy, como él dice que soy, una estúpida pequeño burguesa, una «partidaria de la liga católica», una que «se monta historias que no existen»? (Y sin embargo, usted existe; ahí está). En realidad, yo soy sencillamente una mujer enamorada que hubiera cometido un crimen pasional el día en que descubrí las fotos por primera vez.

Con la inocencia estúpida de quien desearía encontrarse en alguno de aquellos

recuerdos de cenas o de inauguraciones, allí encontré a las dos primeras mujeres fotografiadas por él: no eran las pin-ups de revistas a las que yo estaba ya tan acostumbrada y que proliferaban por toda la casa, ni de las fotografías antiguas que él coleccionaba ávidamente «desvalijando» a los vendedores del *Marché aux puces* especializados en fotografías eróticas.



No, estas eran mujeres normales, ni guapas ni feas, tratadas para un experimento visual si así puede llamársele. Y allí estaban. La una con las piernas abiertas, masturbándose. No era guapa; tendría entre 35 y 40 años. Era morena, con el pelo corto. En un sofá blanco (¿el de casa? ¿el de qué casa? Allí empecé a fijarme con mayor atención en los muebles, los bordes de las camas, las moquetas, los quicios de ventanas, los cuartos de baño).

Allí estaba la otra, más joven, con cara de idiota, delgada, no excesivamente atractiva, con el pelo corto, y un rostro casi asustado. La había puesto contra la pared del cuarto de baño, contra aquel gresite que tanto me gustaba. De repente pensé que para llegar hasta aquello él tenía que haberlas buscado, ligado, invitado, incluso sugerirles cómo vestirse. No tenían caras de putas de lujo, ni de excesivamente profesionales. Serían chicas ligadas en los museos, en la calle, chicas con ganas de acostarse con un hombre, no hay quien se resista a un seductor, o bien chicas a las que un artista quiere hacer fotos. A mí me había pasado un día de joven en París: me habían parado por la calle y me preguntaron si quería posar: tal día a tal hora. Y al final no me atreví.

Más tarde vi otra tanda de fotografías hechas por él, esta vez en Nueva York. En ellas aparecía una mujer guapa y sofisticada: cabello rojizo, gafas negras impenetrables: uno de los dos o tres tipos de mujer que le gustan. La otra me cayó simpática: parecía una chica sensible y tímida. Estas dos mujeres no hacían nada, no posaban, sólo estaban allá, en las fotos.

El descubrimiento de las fotos fue como una revelación. Cuando yo me daba la vuelta llegaban las otras. Cuando se hacía el silencio total en mi casa, él estaba seduciendo a otra. ¿Sin mayor pretensión que la de un experimento? Esta iba a ser mi próxima pregunta. Sin embargo usted fue la respuesta, porque su historia era —o al menos lo parecía— la de un amor verdadero. Como el mío.

Querida Diane: realmente siento un gran sentimiento de piedad hacia usted como también lo tengo por mí misma. Somos víctimas de un mismo seductor fascinante y cruel, sensible y extremadamente generoso cuando quiere, sádico y despectivo también. Seguramente hemos pasado por cosas similares. A lo mejor, me digo, usted es una idiota, una vacía, pero no, no puede serlo. Sé alguna cosa más de usted que me prueba que no es tan sólo un coño. Y yo, claro está, no he parado de fantasear sobre usted. Miles de veces me la he tratado de imaginar físicamente, pues si bien por un lado yo sabía de su nombre (él mismo lo publicó en una de sus obras), por otro lado sólo veía miles de fotos de un coleccionista y voyeur compulsivo. ¿Cómo saber cuál de todas ellas correspondía a su cara? ¿Cómo era usted?

Me contó un amigo común que cuando usted iba con X usted no abría la boca, y que usted tenía un bonito cuerpo. Nada que ver conmigo. Su cuerpo es atlético, usted encarna la belleza moderna, y además es usted rubia y sexy. Yo encarnaba la morenita mediterránea, toda curvas, otra cosa, aquel arquetipo clásico, por cierto, de ciertos modelos eróticos de los años 50 y 60. Pero yo no soy la perfección y sobre todo, me consideré fea hasta que él no me vio, él tiene esta capacidad de sexualizarlo todo, de hundir o ensalzar a sus parejas. Pero en general, sobre todo en la fase de «atracción compulsiva» que sigue al acto de seducción o a la

fase de enamoramiento, él mejora todo lo que toca. «Hay que ir hacia arriba y no hacia abajo» es su frase favorita y yo de repente pasé de gordita a apetecible, de burguesa a graciosa, de normal a ser el objeto del deseo de muchos hombres. «No está mal, esto ya tiene un precio», me decía a mí misma cuando estaba desesperada y quería morirme, sí, literalmente morirme. Porque él no me llamaba, o no me escribía o no me deseaba. Por cierto, creo que sólo me deseó arrebatadamente unos meses, tal vez un año, ¿y a usted?

Él quería presentarme a todas las demás que me precedieron: a la madre de su hijo, a una italiana, a una suiza. ¿Qué extraña perversión le hacía desear que yo fuera la colega del resto de su harén? Sé que es un deseo muy común entre los hombres, y les debe de venir de su sentido polígamo innato: las quieren a todas, y las van reemplazando por otras más jóvenes sin abandonar del todo a las anteriores. Picasso fue el paradigma más famoso de este comportamiento pero cientos de miles de hombres de todo el mundo, islámico y no islámico, hacen lo mismo.

A usted, en cambio, nunca me la presentó. Se ve que era un objeto sexual del que aún disponía en ocasiones. Y ahora me la he vuelto a encontrar en una fotografía: llevaba el mismo ligero y una *guepière* estupenda. Pero siento decirle que tenía usted aquí muy mala cara. En este rostro tan imaginado y que por fin veía, en sus arrugas y en su cara de preocupación se traducían la fatiga: usted estaba harta, como yo, de esperar fidelidad y cariño. Porque claro, por más que una ame las perversiones, las variaciones y lo novedoso en el terreno de lo sexual, por más que se excite con este hombre, convendrá conmigo, querida Diane, que los problemas, a la postre, son mayores que la gratificación de la libido. Y sin embargo todas corremos detrás de él, lo que probaría que el deseo femenino es tan ávido, en ocasiones, como el masculino. Porque todas volvíamos, a pesar de las vejaciones, de los silencios, de los abandonos, de los traspasos a otros ligeros, a otros coños. Y todas volvíamos porque con él una puede sentirse por fin un objeto sexual y así, por paradójico que les parezca a las feministas, una se libera y goza.

Querida Diane: una o dos veces tuve el coraje de llamarla, pero me salía siempre el contestador. Así que yo fabulaba: quería ir a su casa para ver efectivamente cómo era usted. Pero, ¿cómo verle la cara? ¿Con qué pretexto? Y entonces, cosas del azar, me encontré a unos amigos comunes. Me armé de valor y pregunté con toda naturalidad: «¿Cómo es Diane?», con una imparcialidad como la de quien pregunta por el precio de una chaqueta de piel o sobre las excelencias de un nuevo restaurante. «Oh, acaba de pasar, volverá a pasar por aquí...». Mi corazón se puso a latir fuertemente. La sala en la que estábamos se llenaba de gente, y yo no sé si era irrespirable por la muchedumbre de visitantes o por mi falta de aire. «No me iré sin verla» pensé, y fui dando conversación, como quien no quiere la cosa, a mis amigos, durante veinte minutos. Al final usted apareció. En un segundo.

Es parte de mi trabajo ser fisionomista y tener memoria visual: soy una historiadora de arte y soy excelente recordando rostros. Sí, era usted, la del ligüero, sólo que ahora me pareció usted más feliz, más distendida. Llevaba medias negras y botas de cuero sexys. Como las que yo me ponía al principio de mi relación con él. Se ve que usted sigue siendo sexy, y ahora lo es para su marido, pues entre tanto, usted se ha casado.

Saber quién es me ha producido un sentimiento de gran liberación: no hay nada más agotador y neurotizante que la ignorancia cuando la curiosidad la corroe a una por dentro; es de sobras conocido. Pero usted ha seguido su camino entre aquella enorme masa de gente compacta y densa y

claro está, se me ha perdido. Lo suyo ha sido pues una impresión fugaz: a partir de ahora no viviré de la nada, sino de una impresión que intentaré recordar.

Ahora me pregunto si usted aún lo ve. Si cuando él me decía que yo no tenía músculos en las piernas pensaba en sus piernas, tan rectas y derechas, tan modernas, tan de gimnasta. Ahora me inquieta saber qué ha hecho usted durante todos estos años en los que ha enseñado el coño periódicamente, para estas bonitas fotos hechas por un voyeur altamente profesional: «publicidad» me contaron los amigos comunes.

Hacía calor, tenía calor. Me he vuelto a casa, primero con una gran sensación de euforia por haber deshecho un misterio que me ha ocupado años y luego porque me he encontrado a un buen amigo, en aquella sala repleta de gente desconocida, que me ha cortejado y me ha subido de inmediato la moral. Pero luego he llegado al piso y me he sentido incapaz de dormir en la misma habitación que él. Entonces la he llamado.

Quería tan sólo un recado para ver si podía verla, ya que sólo disponía de un día más en París. Entonces me ha salido su voz, una voz tan francesa... Un poco pija, segura, pero tampoco inhumana. Le he sugerido que habláramos un poco de X, lo cual sería positivo para mi relación, le he dicho por decir algo. «Es una historia muy antigua y veo ahora a X como a un segundo padre. Y hay que librarse del padre», me ha dicho usted y ha añadido: «Mire, prefiero cortar esta conversación. Que tenga buenas noches».